

Las corridas de toros en el próximo milenio

◆
ENRIQUE GUARNER

Al comenzar el siglo XX, con la retirada de Rafael Guerra, *Guerrita*, Antonio Fuentes encabeza la torería y da inicio al periodo denominado "la bella época". El diestro sevillano es un lidiador elegante y con clase, aunque desigual, hasta el punto de que sólo en las tardes de compromiso triunfa en grande. Fuentes viene a México por primera vez en 1900 para inaugurar una plaza y deja un recuerdo imborrable.

A principios del siglo, en busca de mayores emociones, se diseminó la leyenda de los toros de Miura, a los que se considera letales porque la lista de toreros cornados por ellos que fallecen incluyen a Pepete en 1862, Espartero en 1894, Domingué en 1900 y Posada en 1907. El recuento finaliza con Manuel Rodríguez, *Manolete* muerto por el toro *Islero* el 28 de agosto de 1947. Por ello, las primeras figuras de la centuria, Rafael González, *Machiquito*, y Ricardo Torres, *Bombita*, forman una alianza para vetar en sus actuaciones a los Miuras. Esto no se realiza abiertamente, sino de manera disimulada, doblando los honorarios cuando se enfrentan al ganado de aquella terrible dehesa. Sin embargo, el madrileño Vicente Pastor, que es un torero eficaz y honrado, no pone trabas para enfrentar a cualquier toro y se gana el respeto de los aficionados.

También a principios del siglo, la gracia de Rafael Gómez, *El Gallo*, hijo mayor de Fernando, que también fue torero, lo lleva a obtener grandes triunfos improvisando nuevas suertes y con un toreo de muleta que es el mejor de la época, aunque por su desigualdad el público también lo abronca en forma constante.

Vale la pena hacer un paréntesis aquí para referirnos a los primeros toreros mexicanos que sobresalen en España. El de mayor alcance es Rodolfo Gaona, quien se impone por su magnífico toreo de capa, su excelencia al banderillar y su habilidad para aprovechar con la muleta a los toros fáciles. De inmediato el diestro leonés compite con los primeros en la península y es considerado el mejor de México.

A partir de 1912, José Gómez, *Joselito*, y Juan Belmonte protagonizan la etapa más esplendorosa de la tauromaquia. El primero culmina el desarrollo de la técnica y posee la perfección en los tres tercios de la lidia. Por el contrario, el trianero abre nuevos derroteros al pisar un terreno en que nadie había osado aventurarse y pasándose al toro a cortísima distancia. Llega aún más lejos al introducir el temple, o toreo lento, y crea el natural a base de correr la mano manteniéndose inmóvil. Estos dos toreros establecen una competencia que dura siete años y termina el 16 de mayo de 1920 con la muerte de *Joselito* en Talavera de la Reyna. Su fallecimiento cierra un periodo incomparable, aunque Belmonte prolongue sus actuaciones hasta 1935.

La época así concluida, llamada "edad de oro", es seguida por la "de plata", donde destacan toreros interesantes. Uno de ellos es cuñado de *Joselito* y se llama Ignacio Sánchez Mejía, quien compite en México nada menos que con Rodolfo Gaona. Este valiente torero muere en 1935 en la plaza de Manzanares y entonces Federico García Lorca le dedica una bellísima elegía.



Bendición de animales, Ciudad de México, 1965

Durante la edad de plata surgen la gracia inimitable de Manuel Jiménez, *Chicuelo*, y la finura del Niño de la Palma—respecto al cual el cronista Gregorio Corrochano afirma: “Es de Ronda y se llama Cayetano”, en honor de los primeros toreros, que eran de Ronda, y del finísimo Cayetano Sanz—. Sin embargo, lo mejor de este periodo es la aparición de los estilistas representados por Gitanillo de Triana y Cagancho, artífices de la dejadez que superan a sus antecesores en la ejecución de la verónica y el pase natural. Cierran este ciclo el técnico Marcial Lalanda, Antonio Márquez, a quien apodan El Belmonte rubio, y el poeta del toreo Victoriano de la Serna.

Desde 1930 hasta inicios de la guerra civil se encumbra Domingo Ortega, un muletero formidable que sabe caminar con los toros. Se convierte en la amalgama de Vicente Pastor y Juan Belmonte, ya que puede tanto como el primero, empleando los procedimientos del segundo.

Al mismo tiempo que esto sucede en la España de los años veintes y treintas, en México también florece la tauromaquia. El proceso se inicia a partir del 12 de abril de 1925, cuando se retira Gaona. Su sustituto inicial es el irregular Pepe Ortiz, inventor de numerosas suertes de capa, al que no acompaña la suerte por sus múltiples cornadas. Continúa al anterior Fermín Espinosa, *Armillita*, un verdadero técnico digno sucesor de Paquiro, El Guerra y Joselito. El de Saltillo es tan completo que puede lidiar a cualquier burel que le suelten y da cátedra, tanto en España como en América. Junto a él torear Jesús Solórzano, quien domina la verónica, y Lorenzo Garza, con su clásico natural. Vale la pena mencionar aquí a Alberto Balderas, que muere en 1939 a causa de la cornada inferida por *Cobijero*, de Piedras Negras. Otros diestros mexi-

canos destacados son Luis Castro, *El Soldado*, y Alfonso Ramírez, *Calesero*. Todo ellos se trasladan a España y dejan parado a muchos de los matadores de toros del lugar, lo cual provoca un boicot que rompe las relaciones taurinas entre los dos países a lo largo de nueve años. A pesar de ello en México sigue desarrollándose la tauromaquia y Silverio Pérez adquiere un temple inigualable, Carlos Arruza supera incluso al gran *Armillita* y Luis Procuna torea con la gracia propia de los andaluces, a la que añade su personalidad particular.

La etapa de la posguerra española, por haber sido diezmadas las ganaderías, da lugar al medio toro que mixtifica la fiesta, aunque en este momento aparezca otro torero excepcional como lo es Manuel Rodríguez, *Manolete*, quien obliga a los astados a tomar la faena que él ha ideado. Durante siete años, por su extrema honradez, ocupa el cetro del toreo, lo cual lo hace exponerse sin medida tanto en España como en México. El único que en esta época podía hacerle sombra es el clásico torero andaluz Pepe Luis Vázquez, pero éste sufre en Santander una cornada en la cara que lo lleva a tomar precauciones.

A mediados de los cuarentas se resuelve el pleito de México con España y allá llega Carlos Arruza, quien se impone con un toreo dinámico y completo en los tres tercios de la lidia. En 1945, es el que más actúa en la península. Llega a participar en 108 festejos. También triunfan ahí Fermín Rivera y Carlos Vera, *Cañitas*, quienes dejan gratísimo recuerdo.

Muerto *Manolete* en 1947, comienza a apretar el madrileño Luis Miguel Dominguín, que domina los tres tercios y con su gran personalidad obtiene clamoroso éxito en México en 1952. También suena el clasicismo de Antonio Ordóñez, quien purifica el toreo de todos los tiempos. Otros diestros que ocupan los primeros lugares en estos dos decenios son Antonio Bienvenida, Pepín Martín Vázquez y Manolo González, así como Litri y Aparicio.

A mediados de siglo los mexicanos no dejan de ir a la Península Ibérica para perfeccionarse. Entre ellos destacan sobremanera Jesús Córdoba y Juanito Silveti. Poco a poco el toreo cobra importancia en todo el mundo y Manolo De Santos de Portugal se encumbra tanto en España como aquí. De Venezuela destaca la familia de los Girón, sobre todo de César, un buen torero en los tres tercios.

Desde los años sesentas el toro español va creciendo y se repone adquiriendo la catadura que debe tener. De ahí que se alce el artista Paco Camino, que debió haber sido uno de los mejores espadas de todas las épocas, pero le abandonó la vergüenza. Cerca de él sobresale el valor de Diego Puerta y el clasicismo llevado a su máxima expresión en Santiago Martín, *El Viti*. Por otra parte, el tremendismo queda representado por Manuel Benítez, *El Corrobés*, que provoca polémicas sin límite, si bien termina por imponer su personalidad y domina a lo largo de los sesentas y setentas.

En esa etapa México cae en un bache de más de veinte años en que no tiene figuras, de tal manera que el público se refugia en el aceptable toreo de Joselito Huerta. Cuando todo iba hacia el fracaso, surge Manolo Martínez, quien resulta estupendo en sus inicios para volverse con el tiempo un torero ventajista. El de Monterrey domina la fiesta en la República, convirtiéndose en una especie de cacique durante diecisiete años. Junto a él compiten Eloy Cavazos y Curro Rivera, pero desafortunadamente se va degradando el burel que se lidia, ya que se acepta hasta con menos de cuatro años.

En 1982 se retira Manolo Martínez y la fiesta en México vuelve a opacarse de manera considerable hasta el punto de que apenas se realizan temporadas. Algunos toreros se defienden sin consolidarse. Ellos son David Silveti, Jorge Gutiérrez y Miguel Espinosa, ninguno de los cuales tiene la ambición por el mando y cuando van a España apenas sobresalen.

En cambio, en la península va creciendo el toro más allá de los cuatro años y en la época aparece el diestro Francisco Rivera, *Paquirri*, poderoso y completo, que quiere dominar la fiesta, pero sufre mortal cogida en Pozoblanco el 26 de septiembre de 1984. Junto a él destacan el artista Pedro Moya, *Niño de la Capea* y el profundo y elegante José María Manzanares. También aparece un gran torero colombiano, César Rincón, que triunfa con gran frecuencia en Madrid.

A fines de los ochentas y principios de los noventas brota el excelente torero madrileño José Miguel Arroyo, *Joselito*, artista excepcional en los tres tercios que además sabe matar como ninguno. Desafortunadamente sufre cogidas muy graves y abandona sus actuaciones en 1998. Su principal competidor es Enrique Ponce, quien por su elegancia se convierte en ídolo de México. Sin embargo, en los últimos tres años de los noventas aparece otro diestro al que se califica como fuera de esta galaxia, que es el madrileño José Tomás.

Parece que a partir del año 2000 tendremos un nuevo fenómeno en Julián López, *El Juli*, torero adolescente de una afición desmedida y con un futuro sumamente brillante.

Al arribo del tercer milenio muchos de los que somos aficionados nos cuestionamos si la tauromaquia, ante los avances científicos, podrá persistir. Quien esto escribe se sorprende cuando, sentado en el tendido, ve un *jet* sobrevolar la plaza o a algunos de los espectadores que lo rodean comunicarse mediante celulares o llevar microcomputadoras en su bolsillo, mientras observa en el ruedo cómo un hombre engalanado con lentejuelas y zapatillas se vale de una muleta y espada para luchar con un animal que lo supera seis veces en cuanto a peso. Incluso cuando finaliza el festejo, yo describo lo sucedido, que es un espectáculo propio del hombre primitivo, con ayuda de una computadora gracias a la cual la crónica aparecerá al día siguiente en un diario que por Internet podrá ser leído en todo el mundo. En otras palabras, hay un contraste entre lo ocurrido en la ciencia y un simple ser humano que se confronta en un ruedo con un toro.

Aunque la tauromaquia ha contado con acuciosos historiadores y comentaristas que tratan de explicarla en cuanto a su origen y desarrollo, siempre quedará la duda de su permanencia en el tiempo. José Ortega y Gasset tenía hasta cierto punto razón en "La caza y los toros" al afirmar que la corrida nació cuando los acaudalados aristócratas acechaban a los bovinos en el campo y que posteriormente el populacho se dejó perseguir por los bureles en las villas, hasta encerrarlos dentro de un círculo para mostrar su superioridad sobre ellos. Si seguimos la historia nos encontraremos entre las primeras figuras del toreo a Rodrigo Díaz de Vivar, *El Cid*, en la Edad Media y a Carlos V en el Renacimiento.

Sin embargo, no fue hasta el siglo XVIII cuando surgieron los primeros toreros reconocidos, que se enfrentaban a través de su triunfo contra la sociedad injusta que imperaba en España. Esto los llevaba a salir de la oscuridad y la miseria, hasta alcanzar la fama o la riqueza. Es decir, el toreo constituía una prueba entre el fracaso y la victoria para salir del anonimato, lo cual significaba que el diestro no era otra cosa más que un rebelde social.

En el futuro milenio, España habrá salido completamente de la pobreza y por ello los toreros nacerán de la afición y gozarán de su quehacer y la luz que proporciona el éxito frente al toro. Por el contrario, en México los contrastes inducirán a los miserables a exponerse para tratar de conquistar un mundo mejor. De cualquier manera, el espectáculo tendrá que persistir milenio tras milenio. ♦